

DISCURSO DE DON JUAN NEGRIN EN LONDRES.

El 19 de Julio, fecha conmemorativa del pronunciamiento de Franco, se celebró en Londres un emocionante acto, que reunió fraternalmente a ocho cientos españoles bajo la presidencia del que fue Jefe del Gobierno de la República D. Juan Negrín. Participaron representantes de las organizaciones republicanas y de las brigadas internacionales. El Dr. Negrín recibió expresivas demostraciones de cariño y respeto y a instancia de los asistentes, pronunció un discurso de enorme interés. Por ser la primera manifestación pública, desde que terminó la guerra española, realizada por el Dr. Negrín, sus palabras han sido objeto de favorables comentarios, especialmente por su apelación a la unidad de los españoles para recobrar la normalidad constitucional y las libertades patrias.

He aquí la síntesis del discurso:

Amigos: Desde que estalló la guerra a toda manifestación que hasta hoy habría juzgado extemporánea, he agradecido, por ser la presente ocasión oportuna, la invitación que me han hecho las organizaciones de españoles leales, residentes en Londres, para dirigiros la palabra, en esta ceremonia íntima y privada.

Explico la causa de su silencio diciendo, entre otras cosas, que fue un holocausto a la unidad y con el propósito de conseguir a cambio una tregua en la lucha por la neutralidad de España y por la amnistía. Pero - prosigue - por un odio mesquino, entorpecido de un miedo insuperable; por carecer de magnanimidad y grandes de alma, esas cualidades tan netamente españolas y, sobre todo, por no ser dueños de su propia causa, controlada por la Gestapo y la OVA, se nos ha rehusado una amnistía que tanto como los beneficiados, la necesitaba España, para sanar de sus cada vez más enconadas heridas. En cuanto a la neutralidad de la España oficial, frustrada ya, desde que la Alemania nazi holló Polonia, ha pasado por la no beligerancia a una especie de co-beligerancia solapada, que es el envés de la no-intervención germano-italiana de nuestra guerra y próximo está el momento, que Hitler señalará, en que se arrojen las cartas.

Alude a la reserva con que debe hablar por no entorpecer la labor de los Gobiernos amigos. Pasa a ocuparse del significado de la sublevación, diciendo: El día de hoy, en que nos reunimos para conmemorar el lustro de un suceso, fecha y conmemoración que tantas cosas entraña, que tanto significa para nosotros, ciertamente no es el recuerdo de una sedición tramada por extraños, en complicidad con quienes quebrantaron un juramento de honor? No le corresponde festejarlo a los otros, a quienes se han declarado los campeones de una revolución nacional? Sofía sangrienta el sentido de las palabras que afecta a los promotores de una rebelión contra la legalidad, contra la Constitución, contra el Estado y contra España. Pero lo que nosotros celebramos es el magnífico espectáculo que dio el pueblo español, levantándose unánime, clamoroso y a pecho descubierto a defender la legalidad constitucional. Fue ese levantamiento popular el que salvó a la República en los primeros momentos en que, un Gobierno inerte, arrojado traicionado, se encontraba con que el aparato de defensa del Estado, minado por la conspiración, se quebraba en sus muros. Honor habrá de rendirse a quienes supieron tener confianza en el pueblo español y arrojando peligro, que la provocación enemiga agravaba, armaron a los masas, y honor, también, a los que sacrificaron, una vez saldada la inevitable crisis de confusión y caos, encusar, hacia la legalidad y el orden, el ímpetu popular, haciéndole más eficaz. Pero la los imperecedera al pueblo español quedará como una de las más gloriosas páginas de nuestra Historia nacional. Qué fue y qué significaba la rebelión militar facciosa? Fue el primer episodio de la actual contienda. Cinco años hace que lo anunciamos.

Refiere, después, la intervención de los reaccionarios alemanes en la política interior española, que culminó con la llegada del nazismo al Poder hasta provocar la guerra. Recuerda sus avisos reiterados durante la guerra española, llamando vanamente la atención de quienes pudieran evitar la ruina de España y los horrores de esta guerra. Resalta la voluntad indecible de los españoles por no someterse al fascismo, defendiendo sus libertades y de independencia, y agrega: Aún hoy en España misma, en pueblos y montañas, en el campo y en la ciudad, en la escuela y en el taller el pueblo sigue luchando. No ha habido solución de continuidad, a pesar de los engaños y las traiciones. Las cosas volverán a su curso para suerte de España y para suerte hasta de los mismos turiferarios, que insinúan a los masas del "Nuevo Orden", de un nuevo orden en el que apenas si les tocaría el precario papel de bufones tolerados. Y nada podrá demeritar la voluntad de nuestro pueblo, ni anular las instituciones que se ha dado. Los responsables en preservarlas no han claudicado, no consideren artificios sus deberes ni escudados un mandato al que no tienen derecho a in-



nunciar, sin caer, por repulsiva cobardía, en la más vil traición. Y llegará el momento en que el engendro de la pezuña de Hitler pase la cuenta a quienes firmaron un pacto de sangre con ese Belcebú contemporáneo. Parasentonces debemos estar preparados todos los españoles. Y preparados, QUIERE DECIR UNIDOS. Basta ya de divisiones que tanto daño han hecho a España, que trajeron, primero la guerra y, luego, la derrota. Pensemos los que ¡oh paradoja!, disfrutamos de la suerte del exilio, que los muertos y nuestros camaradas de los campos de concentración y cárceles de España y Francia, no comprenderán ni perdonarán la vergüenza y el escarnio que representaría el malgastar preciosas fuerzas en capilleos de baja estofa, politiquilla y viles navajeros personales. Ya sé que siempre ha pasado esto en las emigraciones políticas y que la nuestra ha sido quizá de las más ejemplares. Pero aun así, corrija lo que deba corregirse y amputese lo malsano, pues los momentos son graves. Tan graves que yo doy el alerta a todos los españoles, sea cual sea su tendencia ideológica, políticos activos o indiferentes a la política de derechas o de izquierdas, monárquicos o republicanos, católicos o descreídos, pudientes o proletarios. Yo doy el alerta a todos los pueblos y regiones desde Creus a Cabo Palos y de Gata a Finisterre. Si Hitler triunfara, España, como las demás naciones de Europa y del mundo, se vería sometida a la más abyecta esclavitud, sin vislumbre de redención posible. Por obligación patriótica y por nuestro egoísmo individual, es nuestro deber de españoles no hacer nada que pueda favorecer al enemigo; es deber nuestro hacer todo lo que pueda dañar a la hidra apocalíptica del nazismo, el mayor peligro que ha conocido la Humanidad, desde que tiene Historia. Y nosotros, concretamente, nosotros los que seguimos fieles a la legalidad constitucional; los que creemos que España, con la República, inició un proceso de regeneración, que España se recobró y volvió a ser España; los que creemos que nuestra guerra ha consagrado, con bautismo de dolor y sangre, un nuevo régimen de promesas y esperanzas; nosotros, donde podamos y como podamos, con palabras y con la acción ¡contribuyamos al aplastamiento del monstruo totalitario! Miles de nuestros compatriotas, antiguos combatientes, comparten ya un puesto de honor en la lucha. Miles de españoles de América se aprestan - estoy seguro de lo que afirmo - a incorporarse al combate. El toque de atención que esperaban ha sonado. Calmosos en deliberar y cautos en decidir, sí; pero prestos también en ejecutar lo decidido. La hora de la acción está al llegar. ¡A seguir la lucha por la civilización y por España! Que si este conflicto no acabara con la victoria sobre el genio del mal, más valdría que inmensa hoguera numantina nos enquistara a todos antes que, miserables perias, vernos sometidos a los horrores y torturas de esa jauría hidrofóbica de posesos demoníacos, que son los secuaces de Hitler. Y no hemos de sucumbir. Hemos de triunfar. Nos acompañan las democracias progresivas del mundo entero. Los fines de la lucha valen la finalidad de la obra. Pensemos en Chiang Kai Shek, el hombre tenaz y hábil, que simboliza una cultura de milenios, que ha sabido asimilar las formas de la nueva civilización. Pensemos en Churchill, estadista obstinado y clarividente, que al salvar al pueblo británico consu imperturbabilidad ante la que parecía catástrofe irremediable, ha salvado a Europa y al mundo en uno de los más críticos períodos de esta guerra. El hombre que arrinconando prejuicios, ha demostrado que las tradiciones valen por lo que en sí encierran de vitalidad y empuje. Pensemos en Roosevelt, demócrata sincero, que ha sabido despertar su pueblo, haciéndole sentir un peligro que parecía remoto y ha descubierto que las naciones bien dirigidas saben dar ejemplos de desinterés y de grandeza que parecen de leyenda, y pensemos en Stalin, el gran amigo de España, guía de un magnífico pueblo hermano, por cuyo éxito completo, en la epopéyica lucha de estos instantes, hacemos fervientes votos; paladín de una nueva civilización, Stalin, con quien, sean cuales fueren las discrepancias ideológicas, todos los hombres liberales y demócratas compartirán el común anhelo de encontrar para la Humanidad módulos nuevos de civilización y progreso. Un mundo mejor será la cosecha de tantos sacrificios. España, en un concierto supernacional, ha de encontrar su puesto. Ya lo ganó en la lucha y lo merecerá aún más. Pronto nos repondremos de nuestros quebrantos, dentro de un régimen de tolerancia y confraternización; en un régimen que no quisiera utilizar el rigor y la violencia mas que si indispensable fuera para imponer la reconciliación de todos, absolutamente todos los españoles; reconciliación que no es relajamiento ni contubernio, sino que, con el holocausto de nuestras pasiones, será el mejor tributo a los que han sufrido y han muerto. A todos. A unos y a otros. Todos son nuestros hermanos.